

suadido de mi sincero afecto, no debes dudar que si llegares a desaparecer de entre nosotros, no rehusaré cumplir los deberes que me impone tu familia; que considero por mia; esta sin embargo, exige a lo menos por cortos instantes tu presencia, es preciso que le dejes tus órdenes, que la veas que te despidas de ella, i en fin que recibas la bendicion de tu anciano padre, de aquel padre que suspira por tí. ¿Quieres bajar al sepulcro sin su bendicion? ¡ah padre!... exclamó Damon con un diluvio de lágrimas, ¡ah padre mio! desde este lugar del cautiverio os pido vuestra bendicion que me guie intrépido al patíbulo. No basta, replicó Pizia, es preciso que tu mismo vayas, lo veas. . . . Imposible Pizia, no estas viendo estos pesados grillos de que soy cautivo? no miras estas cadenas que me tienen atado, i estas guardias que me circundan? Si, pero pueda ser que te conceda la gracia ¿i quien? —Dionicio—; Dionicio! Si, voi a perorar por tí, pueda ser que Dionicio se mueva a compasion, todo es tentar. En vano Pizia vas a esponerte a su furor. No Damon, si algo no consiguiese en tu favor, no me concitaré su ira: no temas, deja esta última tentativa a mi cuida

dó, volveré Damon; lo mas pronto: sociégate i espera.

XXIX.

Incontinenti Pizia se presentó en el palacio real, i con todas las formalidades de la etiqueta, pidió una breve audiencia al Rei, que se le otorgó. Entra Pizia a la presencia de Dionicio; i despues de la correspondiente ceremonia de cumplimiento, empezó a espresarse asi:—“Augusto Rei; no vengo a vuestra presencia para impetrar la libertad de un jóven amigo mio llamado Damon, basta saber que ha incurrido en vuestra desgracia, i que está por vos condenado al suplicio, porque debo conformarme. El objeto que me trae a vuestra presencia, es únicamente el de manifestaros, que tiene su familia en una aldea, que dista como seis leguas de la ciudad; que debe disponer i arreglar sus intereses; que debe despedirse de ella para siempre i en fin, que desea recibir la bendicion de su anciano padre. Augusto Rei, sois padre, i no querriais que ninguno de vuestros amados hijos, bajase al sepulcro sin haberle echado vuestra bendicion: si es asi, pene- traos del estado de mi amigo Damon, i per-

mitidle vea por la última vez a su caro padre.

A su padre, si, me parece justa vuestra peticion, pero quien me asegura que antes que espiren las cuarenta i ocho horas, vuelva al lugar de la condenacion?

¿Quien?—Yo, oh Rei, yo quedaré con las mismas cadenas, con los mismos grillos;—i si no volviese?—Estoi bien persuadido oh Rei de su lealtad, no hai que temer: sin embargo, si no regresare, mi cabeza pagará por la suya—¿No será este un engaño o una estratajema para evadirse? No Rei; no quedo yo en vuestras manos? no estoi yo en el calabozo? No dudeis Sr. concededle la gracia os repito, que no hai ni sombra de engaño, i si llegaseis tan solamente a sospecharlo, yo pagaré con mi vida. Bien está, concluyó el Rei; mi secretario os dara las órdenes necesarias.

En el acto fueron espedidas.

XXX.

Pizia, como si hubiese logrado la salvacion de su amigo, a grandes pasos vuelve a la capilla. He aqui, dijo a Damon, he aqui la real orden. No te decia yo que no debiamos desesperar? Por cuarenta horas supuesto que ya se pasaron las ocho, tu es-

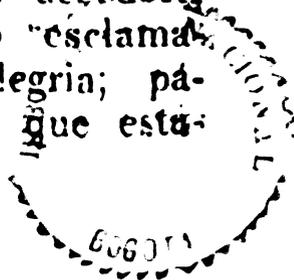
tas libres para ir al seno de tu familia, abrazar a tu esposa, besar a tus hijos, i estrechar a tu padre: no dilates, pronto a mi... Pero, con que condision? con la sola de que yo quede en tu lugar—Tu en mi lugar? No caro Pizia, jamas te daré estas cadeñas que solo a mi corresponden, ¿porque quieres tu cargar con estos pesados grillos? que culpa has cometido? No, repito, a tal condision, jamas aceptaré Damon (repuso Pizia) Damon, no te obstines, mira que tu no tienes que oponerte a lo que yo de mi voluntad he pedido para tí; mira ¿qué diria el Rei de mí, si tu te opusieras a aceptar la gracia que á mis ruegos ha concedido? ¿no creeria que yo la he pedido contra tu voluntad, i que lo he engañado al asegurarle tu aceptacion?—No Pizia, no tiene derecho el tirano de hacer padecer a un inocente para agraciar a un culpable a sus ojos: si quería concederme la gracia, debia hacerlo bajo mi sola palabra de honor, que sería fielmente cumplida.—Alguaciles, desatad, (dijo Pizia manifestandoles la orden real,) desatad estas prisiones, que desde luego me corresponden a mi: el Rei vuestro señor asi lo manda, i a su mandato no hai que resistir.—Deteneos, replicó Damon, no es ese un mandato del Rei, es una gracia que queria

concederme a mí, i yo sin ofenderlo, la rehuso. No Damon cesa, atiende a lo menos a tu amado padre ¿No oyes sus lamentos, porque te obstinas de ir a verlo por la última vez? resistirás a tu padre? el es quien te exige este sacrificio, tu padre. . . . ¡Mi padre! ah sí, el padre mio me lo impone, obedezco, pero no pasarán, te lo juro, las cuarenta horas, sin que yo Damon, te haya quitado estos insufrible grillos. Permitid sin embargo, que yo salga antes que vea atado a Pizia. Ah caro Pizia, como no hai piedad ni con quien es inocente, sufre i pronto nos veremos. Entretanto Pizia hace señal a Damon que se detenga un poco; tengo, le dijo, unas palabras que confíarte; arrimate a mi oído: mira, yo soi solo, si muero a nadie dejo, tu de lo contrario, a tus hijos, a tu esposa, a tu padre; te suplico por el amor de tu misma familia, la salves junto contigo; cuarenta horas, sobran para tras portarte fuera de los confines, no temas por mí, i si me amas, te ruego por nuestra amistad, no vuelvas Damon jamas.

XXXI.

Bien se puede imzjinar el apuro con que tomó la marcha Damon, tanto porquo an-

siaba ver por la última vez a su amada familia, cuanto para volver mas pronto a librar a su amado Pizia de las prisiones que cargaba por él. Hacia como dos o tres meses que habia escrito a su padre, manifestándole que pensaba lo mas pronto posible, regresar al seno de su familia, para no separarse jamas de ella, solo esperaba poder reunir unos cortos reales para arrendar unas tierras, con cuyo producto pensaba vivir lejos del ruido de la ciudad; en santa union con sus hijos, esposa i amado padre. Por esta razon todos los de su casa lo esperaban i suspiraban su pronta venida. En efecto, despues de seis horas de camino, llegó Damon a ver el hogar paterno, aquel lugar que encerraba sus delicias, i conmovido al contemplar que era aquella la última vez que le era concedido mirar el lugar de su nacimiento, de su tierna infancia, se enterneció tanto, que tuvo que parar sus precipitados pasos, para socegar su ajitado i aflijido corazon. Empeño, sus hijos que estaban entretenidos en regar unas flores que cultivaban en el plazer de la casa, alcanzaron a descubrir a su padre, i corriendo adentro esclamaron por trasporte de natural alegria; papá, papá viene. El buen viejo que esta-



ba a la zason en su cuarto componiendo una red de un amigo suyo, se levantó de su silla, cojió su báculo, i apresuradamente como mejor pudo, salió ondeyando sus canosos cabellos. ¿Que es esto hijos?

Papá, allí está sacudiendose las botas, el es. En esto se presenta Damon algo socegado, su padre va para echarle sus brazos, i Damon incandosele por delante, vuestra bendicion padre, dijo mui turbado. Si hijo, mi mui amado hijo, con toda mi voluntad te la imparto. Estendió sus trémulas manos, se las puso sobre su cabeza i prosiguió: Dios te de largos años de vida, asi como por su misericordia los concedió a tu padre, quien espero has de enterrar con tus manos. En seguida da un abrazo a su esposa, sus hijos le saltan en sus brazos, no cesaban de besarlo. Es verdad, le decian, que has venido papá para siempre? ¿Para siempre?.... si para siempre, i mirandolo su esposa con un incesante palpar, i con una angustia que se veia pintada en su rostro, ah esposo, le dijo, qué es lo que os aflije? vos estais ajitado, acaso hai alguna novedad? No hija, le interrumpió el anciano padre, el excesivo gozo produce los mismos afectos que una demaciada tisteza; ved como yo tam-

bien lloro, mi corazón está oprimido pero son lágrimas producidas del contento, i el alma oprimida del placer. Basta hija mia, andad, i ved cuanto hai de bueno en casa, disponed todo, pues vuestro marido necesita alimentarse despues de tan largo i penoso camino; alistad todo, pues todos comeremos juntos, andad.

XXXII

Marta se pasó a la despensa i a la cocina, i los hijos ansiosos de alcanzar algunas cositas para su padre, la siguieron.

Habiendo quedado solo Damon con su padre: un se reto, le dijo, un secreto tengo que confiaros, es preciso que nadie nos oiga; entrad en vuestro aposento i cerrad la puerta; padre, continuó diciendo, sentaos, pues vuestra edad i achaques no os permiten oirme parado: no olvido padre que muchas veces me dijistes, que despues del verano sigue el invierno, despues del sereno la tempestad, i despues del gozo la tristeza. I que quieres hijo decirme con esto? Escuchadme padre, todo lo sabreis. No ignorais que hace unos meses que el tirano de Siracusa mandó publicar un horrible decreto, en que condenaba a muerte a cual-

LIBRERIA

quiera de sus súbditos que hubiese osado hablar mal de su persona o de su gobierno. Mi amigo Pizia, de cuya sincera amistad os he hablado a menudó en mis cartas, me avisó no pocas veces, moderase mis trasportes de indignacion, que cuidase no comprometerme con algunas palabras que de mi alma sensible a las desgracias comunes, solia invertir a su presencia.

Por sus consejos i por sus frecuentes miradas, me libré, no pocas ocasiones de caer en el lazo; pero anoche, no hallándose a mi lado el amigo Pizia, i yo algo exaltado en una tertulia, me he comprometido. Fui oido por unas espías del Rei, fui delatado i esto bastó para.....

¿I para que hijo? Para ser condenado. Gran Dios! qué dices? Si padre, tengo que volverme dentro de pocas horas i someterme al inevitable suplicio. Mi amigo Pizia, la úni-a gracia que pudo impetrar del tirano, fue de que me concediese licencia de venir a ver por la última vez a mi padre, despedirme para siempre de él, quedando Pizia entretanto en capilla por mi, con tal condision, que si yo no volviere en tiempo, su cabeza pagará por la mia.

Basta hijo, ten..... El padre vacila i cae en los brazos de Damon. Socorro, grita

este, socorro; suspendiendo al padre, precipitado abre la puerta, entran Marta i los hijos; ¿que es? Ayudadme a sostener a mi padre que está muriendo.

El anciano padre habia espirado ¡Omnipotente Dios! esclama Damon, a cuantos golpes me reservais. ¡Oh Dios! dadme valor para resistirlos.

XXXIII.

Damon, aun derramando las mas amargas i copiosas lágrimas, tuvo que marchar a la cercana parroquia para dar parte de la subitánea muerte de su padre, i para disponer lo necesario para sus funerales, hasta echarle tierra, i finalmente, viendo que no le faltaban mas que ocho horas, para cumplirse las cuarenta i ocho, apesar de que ya eran las diez de la noche, tomó su sombrero, su baston, i se despidió de su mujer i de sus hijos que aun estaban despiertos. Cómo, le dice Marta, quereis dejarnos? antes tenia a mi lado a vuestro padre, a un respetable anciano, i ahora, con quien me dejais? Sola! i en esto la abraza enternecido i esclama ¡En que os he ofendido para abandonarme a la desesperacion? No saldreis de mis bra-

zos sin saber que es lo que os obliga a tan precipitada marcha i a hora tan inoportunte; los hijos lo tenian apretado por las piernas, i sin embargo resiste, se desata violentamente de tan dulces lazos, i toma a grandes pasos la marcha.

XXXIV.

Para regresar a la ciudad habia dos caminos, uno era amplio, pero mas largo, el otro, apesar de que era muy angosto i algo cerrado, era tambien mas corto: elije Damon el mas breve, camina como una hora, se pone la luna que alumbraba, i una oscuridad profunda lo atolondra, se apresura i mas se confunde, pierde el rumbo, ni puede hallar el camino, atraviesa montes, se desata en sangre entre espinos, ni sabe mas en donde se encuentra, toda la noche camina, pero por veredas estraviadas; al amanecer es cuando reconoce el lugar de su pérdida, que se hallaba a seis leguas mas distante de la ciudad, i las cuarenta i ocho horas ya habian espirado.

XXXV.

El Rei, ansioso de saber si Pizia la ha-

bia engañado, pregunta si Damon habia regresado a su capilla: No, Rei, le contesta el oficial de cámara, no ha vuelto el licenciado. Entonces enfurecido Dionicio; esto era! esclama, esto era lo que yo sospechaba, pero miserable de él que tan vilmente ha engañado al Rei de Siracusa;—Que se den las órdenes para que Pizia pague con su cabeza tan villana traicion, i que sea con todo el aparato mas luctuoso i solemne.

A tal efecto se citan los verdugos, i se llaman las tropas, se alista el carro fúnebre, dobla la gran campana de la torre, i en el lugar señalado fuera de la ciudad, se dispone el trono del Rei i las sillas de sus ministros, para publicar la ejecucion de la sentencia. A tales preparativos i señales de muerte, todo el pueblo corre apiñado, a ver la víctima que por el capricho de un hombre se inmolaba por falta que otro se presumia hubiera cometido. Un proceder tan extravagante e injusto, produce sensaciones de horror; de compasion a la vista del luctuoso espectáculo de un hombre injustamente sacrificado por el espíritu de venganza; todas las calles i plaza se cunden de jentío, en todas las ventanas i balcones se miran unos grupos de cabezas, en que se pintaba la tristeza i la congo-

ja; se saca al paciente de la capilla asistido del sacerdote i custodiado de los satélites i verdugos, sube en el carro enlutado, i guiado por dos negros caballos, tocan las tamboras destempladas i sigue el acompañamiento al lugar destinado al suplicio.

Por todas partes no se oye mas que murmullo i voces interrumpidas que a cada instante renuevan la consternacion; las mujeres con sus pañuelos blancos enjugan sus lagrimas, que aun no pueden contener. Finalmente, llegan al lugar destinado:—El Rei sube en su trono ya dispuesto de antemano, los ministros ocupan sus sillas enlutadas, i el Gran Canciller pronuncia en alta voz la sentencia de muerte por haber Pizia cooperado a la fuga del sentenciado Damon i engañado al Rei su Señor. Se baja del carro al paciente i se conduce al banquillo. salen los soldados a la parada, i los escogidos para ejecutar la cruel sentencia; se paran de frente, se presentan las bandas a Pizia para cubrir sus ojos, este las rehusa i pide licencia de hablar. Dionicio, temiendo que si le concede el habla, podia entusiasmar al inmenso pueblo que se ve consternado, compasivo, se la niega; ya no se espera mas

que la señal del Rei, cuando se oye una voz que apenas se podia percibir, que decia "Que se suspenda" Se ve ventolear un pañuelo blanco afianzado sobre un palo i en fin, precipitado se aproxima i llega. ¿Quien?—El jóven Damon todo bañado en sudor, cubierto de polvo, agonizante i casi desfallecido.

XXXVI.

En tal estado, se postra Damon delante del Rei, i aunque afanado i fatigado, le dirige la palabra en estos términos: No Rei, no creais que yo sea culpable de esta tardanza, escuchadme, i juzgad si soi o no inocente. Ante ayer a las cuatro de la tarde, pude apuradamente llegar a la casa paterna, dado el último abrazo a mis hijos i esposa, crei oportuno ocultarles la fatal noticia de mi inevitable muerte, pensé confiar solo a mi padre el secreto; me encerré en su aposento con él, i empecé a revelarle lo que pasaba por mi, le anuncié que estaba sentenciado a muerte por haberos ofendido de palabras; que mi amigo Pizia se hallaba por mi en capilla, i que era preciso volviere en el acto para librarlo i someterme al suplicio. Al oír mi buen padre esta corta exposicion, tiembla, vacila, i cae en mis brazos. Lo creo privado,

llamo socorro; como quedo, sin desprendermé de mi caro padre, abro, entran mis hijos, corre mi esposa, pero ay, mi padre ya no vivia, habia espirado en estos brazos. El amor filial, me obliga a dar las necesarias disposiciones para su defuncion; corro a la cercana parroquia, doi parte a la autoridad de la subitánea muerte de mi padre, i asisto a su entierro hasta ver su cáver cubierto de tierra. Vuelvo a mi casa i veo que no faltaban mas que ocho horas de las cuarenta i ocho señaladas a mi regreso, me desvdo en el acto de mi esposa, que deshecha en un mar de lágrimas queria impe firme la marcha; mis hijos se prenden a mis piernas, estoi conmovido a la vista de su llanto, me siento despedazar mi corazon; pero no Rei, no pudiendo detenerme aquellos dulces lazos, me desato a viva fuerza, i me pongo en precipitada marcha tomo el camino de la montaña porque es el mas breve, aunque el mas angosto i cerrado; habia caminado mas de dos leguas cuando se puso la luna que me alumbraba; una oscuridad profunda, mi agitacion, mi apuro, mi ansiedad contribuyeron a perturbarme i confundirme; creo estar en el camino recanarito i veo que estaba perdido en el monte; atravieso por a-

cá i por allá sin poder hallar camino, brinco, salto por bruscaies i espinales, i ved aqui, oh Rei, como estas heridas que llevo en la cara i en las manos, manifiestan la verdad. Toda la noche anduve caminando por aquellas montañas, i solo al amanecer pude conocer que me hallaba mucho mas léjos de lo que pensaba, enteramente habia estraviado el rumbo; me puse entonces con mas velocidad en camino, i aun cuando me he apresurado no he podido llegar mas antes; verdad es, oh Rei, que han trascurrido las cuarenta i ocho horas, pero gracias a Dios llego aun en tiempo—mandad pues, oh Rei, que se ponga en libertad al inocente Pizia, i se me de a mi el lugar que ocupa i que me corresponde.

XXXVII

Parecia que iba a darse la orden, cuando Pizia rompe el silencio i habla en estos términos.

Aunque me atrevo a tomar la palabra desde el lugar del patíbulo, espero sin embargo, que no os desdeñareis de escucharla, oh Rei; estoi convencido que vuestra palabra es firme i que es inalterable. Vos me habeis concedido la libertad de Damon,

bajo la sola i espresa condision de que si no volvia dentro de las cuarenta i ocho horas señaladas, yo debia pagar por él con mi vida, es decir, espiar con esta todas sus faltas. Esta condision fué aceptada, Damon fué puesto en libertad, han trascurrido las cuarenta i ocho horas en que debia pagar su pena, luego este termino ha pasado, i no le corresponde a él, el castigo, sino a mi. Pido pues, oh Rei, el cumplimiento de vuestra segunda palabra, que se lleve a efecto la pactada condision, que contra mi se bibren los golpes i que sea libre Damon, es justicia que imploro de vos, oh Rei.

XXXVIII.

Quedó suspenso el Rei, nada resuelve, i toda la concurrencia enmudece, i aguarda con impaciencia, cuando Damon se dirige otra vez al Rei, i se espresa asi.

La condision de que pagase por mi Pizia, era pactada en la única suposicion que yo hubiese faltado en regresar maliciosamente; era estipulada para evitar un engaño por parte mia, mas no hubo este temido engaño, luego debe llevarse a efecto la indicada condision. La muerte

inesperada de mi padre, mi turbacion, mi pérdida en la oscuridad de la noche, han sido los obstáculos insuperables de mi tardanza; pero os juro, oh Rei, delante del cielo i de toda Siracusa que me oye i atiende, que no he pensado siquiera engañaros; creo que estais convencido de la realidad de los motivos que me han impedido llegar mas antes como ansiaba. Os ofrezco, si aun dudais, de justificarlo en la forma mas solemne que podais desear. Si soi inocente de la demora, no debeis permitir se lleve al cabo una condision, puesta únicamente para evitar mi fuga. Aqui me tenéis para que ejecuteis en mi la pronunciada sentencia de mi muerte. A mi me corresponden pues, aquel vestido propio del condenado, a mi aquellas bandas; Pizia no os ha ofendido, sea libre, que se aparte i me ceda el lugar—Como fuera de si se arrebatara hácia el patíbulo.

XXXIX.

Se aumenta la admiracion en los ánimos de todos los concurrentes; todos ansian ver el fin de tan jenerosa porfía, i el Rei continua admirado e indeciso. Entretanto, Pizia resuelto a no ceder, prosigue.

No consintais, oh Rei, que muera Damon; este acaba de perder a su amado padre, este es el único apoyo de su familia. ¿Permitireis ver a esta tambien en la desesperacion? ¿No os enternece el llanto de su esposa abandonada, de sus inocentes hijos? Retiraos Damon de aqui, salid de este patibulo; yo, yo soi ahora el culpable i soi el condenado; que se ejecute en mi la sentencia. En esto se levanta un murmullo entre todo el jentío, i finalmente todos gritan a una voz "GRACIA"— Si, dijo el Rei, gracia a ambos; tal vez en todo mi reino no se hallarán dos amigos mas fieles.

Ambos sean libres.

XL.

Entonces por todas partes resuenan voces de viva Pizia, i viva Damon; ¡que vivan! se repite sin cesar, ¡que vivan! Se quitan los aparatos de luto, todos hacen ventolear sus pañuelos, baten palma a palma; se atesan los tambores, se quita a Pizia la hueste del suplicio, i a Damon los sucios vestidos, los engalanan, i unos de los mas robustos jóvenes, los cargan sobre sus hombros, la música revienta i toca marcha triunfal, i entre las aclamaciones de todo un

pueblo, entran alegres i festivos en Siracusa.

XLI.

¿Que os parece, queridos hijos, la pintura que acabo de haceros de la amistad de Damon i Pizia? Por ella veis evidentemente comprobado, que la amistad sincera, es uno de los mejores bienes que el hombre puede gozar sobre la tierra; que de ventajas no produce una verdadera amistad? Por esto nuestra existencia, nuestra suerte, nuestra felicidad, son las de nuestros amigos; su prudencia, su sabiduría, su fortuna, i su misma persona son nuestras; nuestros sus afectos, nuestras sus alegrías, nuestras sus penas. ¡Oh amistad santa! en quienes te hallaré hoy día? considerad, hijos míos, que el entusiasmo de semejante amistad es raro, i que millares de años ofrecen poquísimos ejemplares de un Damon i Pizia, que llegan al heroísmo de sacrificarse el uno por el otro, porque así como pocos hombres hai en la tierra que sean héroes, así como pocas son las almas capaces de alimentar un afecto tan fuerte i heróico, muchos pretenden que sus amigos sean entusiastas, sin tener las cualidades necesarias para exitar este entusiasmo. De ordinario se exige la mas

sincera afesion, de parte de una multitud de embusteros, aduladores e hipócritas, incapaces de sentir en su alma viciosa los sentimientos de la amistad. Seamos pues, queridos hijos, en elegir las personas en quienes se encuentren las necesarias dotes de virtudes, i seamos justos, i tengamos siempre presente que para conservar amigos fieles, es preciso ser fieles á los sagrados deberes de la amistad.

XLII

Los principales deberes de una sincera amistad consisten en una confianza mútua, en una constancia inalterable, i en una disposicion permanente de contribuir al bienestar del que es elegido por amigo. Basta estar persuadidos de estas particulares obligaciones, para conocer todos los demas deberes que la amistad impone, i los medios de que debe servirse para mantener una union tan dulce i preciosa. Si embargo el ejemplo nos persuade más sensiblemente; por esta razon es que me incluzo amados hijos, presentaros el segundo ejemplo, i modelo de una pura amistad que nos suministran los dos jóvenes Quinto Cursio Romano, i Menandro Atenense. Estoy muy creido que esta segunda historia la escuchareis con igual atencion, que la primera; i sin mas entremos en materia,

TERCERA

ULTIMA PARTE


 SOBRE AMISTAD.


 XLIII.

Sin investigar por ahora la época de la civilizacion de Italia, gloriosa fuente de las bellas artes, diré solamente que es muy cierto e incontestable, que la mayor parte de las luces le vino de la Grecia, mucho mas antes civilizada que la Italia; de manera que en los primeros tiempos de la renombrada República Romana, se acostumbraba por las mas familias, enviar sus hijos a la Universidad de Atenas, que tanto ilustraron los Demóstenes, los Sócrates, los Platones i los Aristóteles, pero que se perfeccionasen en su carrera literaria, i fué-

sen de lustre a su querida patria.

XLIV.

La rica i poderosa familia Curcio, siguió esta laudable costumbre, i aunque no poseia mas que un solo i único hijo llamado Quinto, así como se nombraba a su padre, tan célebre en la historia romana; resolvió mandarlo a Atenas, a fin de que se profundizase en la Jurisprudencia, que tanto se apreciaba entónces en Roma, i para que saliese al tener de sus deseos, lo recomendó muy particularmente a la familia Menandro, que era a la zason una de las mas distinguidas de Atenas. Esta tambien tenia un hijo único, nombrado Leonardo, que apesar de que no havia aun cumplido los veintidos años, era bien conocido por su talento i consagracion al estudio de la Jurisprudencia. Tan luego como el joven romano Quinto Curcio llegó a Atenas, estableció una amistad con Leonardo, que su futura unión formaba las delicias de su familia. Habitaban en un mismo cuarto, frecuentaban las mismas aulas, comian i paseaban juntos, vivian siempre unidos i placenteros; no habia entre ellos secreto alguno, como ni tampoco ha-

bo jamas el mas leve motivo de disgusto; lo que gustaba al uno, era igualmente de agrado al otro; todo era confianza, satisfaccion i contento; en fin, no podia desearse ni mas leal ni mas pura amistad de la que se profesaban mutuamente los jóvenes Leonardo i Quinto Curcio. Cuatro años pasaron en tan dulce e inalterable union, hasta que el padre de Curcio escribió a Menandro, padre de Leonardo, manifestándole; que hallándose muy achacoso i anciano, deseaba ver a su amado hijo, despues de tanto tiempo de penosa ausencia, i que este no prolongase mas su regreso a su patria.

XLV.

Menandro contestó suplicando al padre de Curcio, que apesar de que su hijo Quinto habia concluido con extraordinaria ventaja i gloria su carrera literaria, consintiese en que se quedara unos meses mas en Atenas para satisfacer a los vivos deseos de su querido compañero Leonardo, quien como a su mejor amigo, lo habia escojido para padrino del casamiento, que iba a celebrarse entre cortos dias. El viejo curcio apesar de suyo accedió a las súp-

plicas de Menandro, i semejante noticia lle-
 nó de gozo a ámbos amigos. No se tra-
 traba mas, sino era de que el jóven Leo-
 nardo deliberase sobre la persona a quien
 debía elejir por esposa, pues aunque sus
 padres, segun la costumbre de aquellos tiem-
 pos, le habian propuesto algunas niñas de
 las de mayor categoria, no habia aun re-
 suuelto a quien pensaba preferir. Verdad
 es que entre todas las propuestas, mas a-
 preciaba a la hermosa i linda Sofia. Leo-
 nardo sin embargo, no quiso decidirse, sin
 oír antes el parecer de su fiel amigo Cur-
 cio, con quien acostumbraba consultarlo
 todo, asi como Quinto hacia con el. Lo
 convidó pues para que al dia siguiente lo
 acompañase a ver i visitar a la bella So-
 fia, diciendo, de que si Quinto no desapro-
 baba su eleccion, aceleraria su casamiento
 con ella. En efecto, fueron ambos a la
 casa de Sofia, quien los recibió con aque-
 lla tímides, gracia, trato i complacencia que
 a su educacion convenia. Se detuvieron
 largó tiempo en análogas conversaciones, i
 finalmente, se despidieron como jóvenes bien
 educados, i con aquellos finos modales que
 eran propios de su carácter i educacion.
 Tan luego como salieron del palacio, Leo-
 nardo no pudo detenerse en preguntar a

su amigo, qué tal le parecia a su penetra-
 cion Sofia, i si esta lo podria hacer feliz
 con la union matrimonial. Quinto le con-
 testó sin titubear, que segun su parecer
 no podia ser mejor escojida, i que la jó-
 ven Sofia contribuiria sin duda a formar
 su felicidad, pues tanto por sus cualida-
 des morales como por las físicas, era la
 mas preciosa de cuantas habia visto en
 Atenas.

XLVI.

Gustoso Leonardo en que esta fuese la
 opinion de su amigo, se apresuró a comu-
 nicar a sus padres que estaba decidido a
 casarse con Sofia. Se complació de tal de-
 liberacion toda la familia Menandro i des-
 de aquel dia se tomaron varias disposicio-
 nes para el arreglo de dicho casamiento;
 pero cuando llenaba todo esto de placer a
 Leonardo, tanto era de tristeza para Cur-
 cio, quien en pocos dias se vió entregado
 a una penosa melancolia. Sorprendido
 Leonardo de tanta variacion en su amigo
 que habia sido siempre jovial i afable con
 él; entró en su cuarto i a solas le habló
 en estos términos:—Querido Quinto, ¿que
 es lo que aflige tu corazon? que es lo que
 encierias en él? Dime, a que debo atri-

huir tanta tristeza? - Yo no he tenido jamas reserva alguna en manifestarte los secretos de mi corazon. Verdad es que tu hicistes lo mismo con migo, pero hacen dias que te veo anesadumbado, i tan concentrado en ti, que bien preveo algun misterio i aun no me has confiado qual es el motivo de tus penas. Habla pues, querido Curcio, i ten por cierto que si con la mitad de mi sangre te pudiese librar de los motivos que tanto te afligen, no rehusaré verte. ¿Que es lo que llegó a turbar tu paz tu sosiego tu reposo? Habla, repito, caro Curcio, i confía en quien desde hace mucho tiempo te aprecia de veras i sin disimulo. Esto es lo que espero de ti en prueba de nuestra amistad.

XLVII

Con ojos aun llorosos i todo acongojado asi le contestó Quinto: No amado Leonardo, nadie llegó a perturbar mi corazon ni por ofensa ni por atrevimiento. La causa de mi tristeza es clara, i menos a ti se puede esconder. Tu sabes con cuanta ternura nos apreciamos; cuatro años ha que nos profesamos la mas sincera i leal amistad; cuatro años ha que vivimos juu-

tos, que conservamos la mas estrecha union. Ahora bien, dime caro Leonardo; no es regular i muy evidente que al solo pensar que entre pocos dias debemos apartarnos de tan amable compañía, a tanta distancia, tal vez sea volver a vernos jamas, debemos experimentar la mas amarga sensacion i pena? He aqui mi querido Leonardo el motivo de mis afanes, de esta pesadumbre que me tiene tan mortificado.

Verdad es, respondió Leonardo, verdad es que yo tambien siento i experimento en mi corazon, aquel pesar que vos debe causar nuestra pronta separacion; me consuela sin embargo, que nuestra amistad no se alterara i que nuestra correspondencia aliviara la separacion de nuestra reciproca presencia, sin alterar en nuestro corazon aquel puro afecto con que estamos ligados. Si esto es el motivo de tus congojas, modera te suplico, tu exesiva inquietud, i piensa que en cualquier punto del universo que me hallare, en cualquier estado o posicion que me elevare la fortuna, seré siempre el mas tierno de tus amigos. Piensa que tu anciano padre suspira por estrecharte en su seno, i consuétate con la firme esperanza de que un dia nos volveremos a ver, asi como yo procuro distraerme de estos pesares.

XLVIII.

Pareció al momento mui conforme Quinto Curcio, i Leonardo creyó haber logrado la calma que deseaba ver en su amigo; empero, no tardó en convencerse de su equivocada persuacion, pues lejos de ver a Quinto mas sosegado, lo miraba cada dia mas aflijido, i poseido de tan melancólico humor, que nada podia distraerlo. Si lo convidaba al paseo se excusaba; si al Teatro, esto le fastidiaba; poco comia, no visitaba a nadie, i de ordinario evitaba hasta aquellas personas que antes eran de su mayor agrado; se puso flaco i descolorido, i al fin fué atacado de una fiebre lenta que lo iba consumiendo. Se llamaron unos de los mejores médicos de Atenas, pero apesar de sus esfuerzos, no púieron levantarlo de su deplorable estado. Leonardo que todo lo observava con mucha atencion, se persuadió intimamente que la verdadera causa de sus males, no era la que le habia comunicado, i resolvió arrancarle el secreto que lo tenia en tan triste situacion. Hizo salir de su cuarto a los domésticos, i cerrando la puerta se acercó a su cama, i asi empezó a hablarle.

XLIX.

Me lastima, dijo Leonardo con voz enternecida, me lastima el estado en que te veo, amado Quinto; es tiempo que te hable con aquella franqueza que me permite nuestra amistad. Los médicos estan persuadidos que encierras en tu corazon la causa de tus padecimientos. Este insólito silencio que has usado hasta ahora conmigo, a la verdad me ofende. Por lo tanto, te conjuro por la pura amistad que te profeso, me reveles la verdadera causa de tus males. Si asi lo lograre, quedaré mui agradecido; mas si tu te obstinases aun en ocultarme el verdadero motivo, sabe que jamas... Basta caro Leonardo, dijo Quinto llorando; basta. Tu tienes derecho de saber un secreto, que queria dejar sepultado para no causarte disgusto; pero conjurado por la sincera i sagrada amistad que nos profesamos, es preciso que todo se descubra: toma asiento, i disponte a oir lo que causará a tu alma mucho mas de lo que pensabas.

Por cierto, uno de los motivos que me afligen, es como te dije, tu separacion; este peso no es el solo que aniquila mi corazon. En este, tu tienes la mayor culpa.

bilidad. No te ofendas: tolo debo decirte-
lo. Tú me propusistes i obligastes a ver
a Sofia, i de allí depende mi tristeza; ver-
la i enamorarme de ella, fué una misma
cosa; empero, no hai cuidado caro Leo-
nardo. te juro por lo que existe de mis-
sagrado que no llegaré jamas a faltarte ni
con el pensamiento. Una sola gracia te su-
plico; que ace eres tu casamiento, para que
pueda celebrarse tu enlace antes que yo sea
imposibilitado de presenciarlo, i cumplir con
mi encargo: es cuanto te pido. *Gen. D. os*
replicó Leonardo todo sorprendido, i des-
pues de haber quedado pensativo unos cor-
tos instantes, prosiguió: *H. tomado in-*
deliberacion; bien proveo que tu vida dei-
pende de Sofia; desde luego es tuya, yo
te la cedo: es cierto que mucho la apre-
cio i que creia ser feliz con darle mi ma-
no; no soi sin embargo yo tan apasiona-
do, que al perderte me reduzca al esta-
do en que te miro. Haré comprender a
Sofia tu entrañable afecto por ella, i le
suplicaré se olvide de mi, para salvarte
la vida con aceptar en ser tu esposa.
Estoi seguro que lograré el intento, i si
Sofia es la verdadera causa de donde de-
penden tus males, estos deben cesar ente-
ramente, pues ella repito, desde luego es

tuya. No es posible, respondió Quinto, a-
ccepte yo tu ofrecimiento, ni permito Dios
verte privado de una prenda tan preciosa
que solo deseo fime tu felicidad. No ten-
go anado Leonardo bastantes espresiones,
para manifestarte mi gratitud por tu jene-
rosidad, pero es ineficaz me propongas
que la acepte, jamas convendré en ello. Yo
podré superar mi funesta pasion, borraré de
mi memoria tan triste acontecimiento; si no
lo lograre, te juro una i mil veces, que sin
mancha bajaré al sepulcro, anhelando solo,
seas feliz en tu indisoluble union. No, in-
sistió Leonardo; tu no debes rehusar lo que
espontaneamente te ofrece un amigo, guia-
do solo para salvarte la vida: yo faltaria a
mis deberes como tu íntimo amigo si no
lo hiciese, i tu obstinacion afenderia a la a-
mistad. Si espontaneo lo hago, tu volunta-
rio debes aceptarlo. Contempla tu estado
i no insistas mas. Te dejo por algunos cor-
tos momentos, i a mi regreso espero traer-
te la favorable respuesta de Sofia. Consue-
late i cree que sera tuya.

L.

Leonardo envió luego una lastimosa car-
ta a Sofia en que le participaba, que ape-

sar de apreciarla grandemente, le era preciso, si lo consentia, ceder su mano a su amigo Quinto, quien se moriria de amor si no la consiguiera. Le pintaba la sabiduria, la bondad, la riqueza de su amigo, i enfin, concluia en tantas i tan enérgicas expresiones, que habrian enternecido al mas duro corazon. Antes de remitirle la carta se vali6 de unas aparentes mujeres i de sus conocidos, para disponerla a aceptar su propuesta, i puso en obra cuantos medios estaban a su alcance, a fin de obtener el deseado intento. El resultado fué que Sofia cedió, i se comprometió a salvar la vida a Quinto Curcio, quien enterado de la respuesta de Sofia, empezó a tomar alivio de sus males, hasta que en pocos dias se puso casi perfectamente bueno.

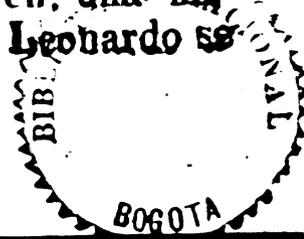
LI.

El solo obstáculo que habia, era la resistencia de los padres de Sofia, a quienes pesaba que Quinto se la llevase a Roma, ciudad lejana de la de Atenas: aunque estaban convencidos de que era un jóven rico, apreciable i digno de Sofia. Se hizo todo lo posible a fin de inducirlos al consentimiento; mas todo fué en vano. Leo-

rardo ancioso de favorecer a su amigo i cumplir su ofrecimiento, aparent6 casarse el mismo con Sofia, de acuerdo con esta, con el sacerdote i con los testigos. Se solemnizaron con pompa las bodas, pero todo lo hacia como apoderado de Quinto, a quien despues que se concluy6 el convite i se retiraron todos los concurrentes, le entreg6 su esposa. El dia siguiente supieron los padres de Sofia lo que habia pasado; tubieron sin embargo que conformarse, porque *post factum nullum concilium*. Despues del hecho no hai consejo que valga. Quinto Curcio mui contento con su linda Sofia, sigui6 para Roma, en donde fué recibido magníficamente, i apesar de que apenas habia cumplido los veintiocho años, fué electo Presidente de la República Romana, a cuya silla subi6 seis meses despues de su regreso a la patria, pero volvamos ahora a Leonardo.

LII.

Este no menos contento de haber contribuido a salvar la vida a su amigo Quinto, habia quedado en Atenas, que unos dias despues se vi6 envuelto en una formidable revolucion, El jóven Leonardo se



resolvió favorecer al partido del pueblo; que desgraciadamente su umbrío; fué perseguido como cabecilla, pero mediante una precipitada fuga pudo escapar: emigró a las Islas Jónicas. Sus padres tanto por los consiguientes pesares, cuanto por una repentina enfermedad, fueron llevados al sepulcro entre pocos días, i todos sus bienes dejados a su único heredero Leonardo, fueron embargados i confiscados por el partido triunfante. Pensaba que tanto beneficiados no menos por él que por sus recién difuntos padres, le socorrerian en tanta miseria; mas no dando a conocer su desengaño, porque cuando el vaidido cae en la desgracia, es abandonado de todas aquellas almas viles, que solo por adulacion o interes lo acompañaban en la fortuna. Por lo que Leonardo se encontró en la mas deplorable situacion. No sabia que partido tomar: sus luces en la Jurisprudencia de nada le valian en una tierra estraña en donde no podia ejercer su profesion: la delicadeza de su cuerpo le prohibía un trabajo material: su educacion no le permitia mendigar un pedazo de pan. ¿Que haré? decia entre si, ¿que haré para librarme de tanta necesidad? ¡ah! si yo pudiera trasportarme a Roma; estoi segu-

ro que mi amigo Quinto no miraria con indiferencia mi deplorable estado. Este es el único partido a que puedo aspirar para librarme de la indijencia de que me veo oprimido; i sin mas velibero seguir para Roma, adonde despues de tres meses pudo llegar con infinitas penalidades el mismo dia que Quinto Curcio cumplia el primer año de su presidencial dignidad. Estaba en palacio custodiado por las guardias veteranas, i lleno de una multitud de caballeros i empleados que habian concurrido al besamanos. Se presenta Leonardo cubierto de sus andrajos, con su barba prolongada, con su aspecto macilento i trasformado; pide hablar a Curcio, pero las centinelas no le dan entrada; rechazado se para al frente de la puerta i al salir de ella un magnate se le acerca i le suplica le indique cómo podria ver a Quinto Curcio. Imposible, le contesta, es hoy hables con su alteza; hoy dia de su cumpleaños, no tienen entrada sino son los empleados i caballeros. Si quieres mañana a las doce del dia, saliendo al capitolio a dar pública audiencia; luego que baja del coche i antes que suba a la escalera podrás pedirle gracia i merced. Asi resolvió hacerlo Leonardo.

LIII.

No se puede referir aquí cuanto le pareció larga aquella noche, ni con cuanta impaciencia aguardó la prefijada; desde antemano estaba Leonardo parado a la entrada del capitolio: oye finalmente la banda militar que anuncia la llegada del Presidente: lo preceden los dragones, los lictores, i varios coches; baja del suyo Quinto Curcio a quien Leonardo se presenta i le dice: "he aquí tu amigo; a este estado lo redujo el infortunio" lo miró Curcio atentamente, mas no lo reconoció, ni menos entendió las pocas palabras que le dirigió, porque se lo impedía el sonido de los tambores i el estrépito de la música. Persuadido de que era un pobre que le pedía socorro, quiso primero atender a la multitud del pueblo que le saludaba, i a los agentes que lo llamaban al capitolio: sin mas, sube i se coloca en su trono ¿que piensa el desgraciado Leonardo? que habiéndolo visto en aquella despreciable situación, se había avergonzado reconocerlo por su arribo a la vista de tanto aplauso i pompa, i penetrado del mas vivo dolor, se encoje i entre si dice: "no hai mas consuelo, la única puerta de

mi salvacion está cerrada: todas mis esperanzas estan perdidas, i en esto entregandose a la desesperacion delibera de concluir con su vida, que miraba como un peso insoportable. Aguarda la noche, i a eso de las ocho se encamina a la orilla del Tiber, que corriendo en su álveo atravieza la ciudad: en aquel silencioso lugar resuelve ahogarse; medita en la muerte al fin de sus trabajos, i considera como indicio de heróico valor acelerar el estermio de su penosa existencia; pero luego su moralidad i relijion lo hacen mejor reflexionar, i contempla su desobediencia formal a la voluntad del criador, i su pusilanimidad vergonzosa, que no sabe soportar los mas tristes reveses de la fortuna. En medio de estas diversas agitaciones se retiró arrepentido i horrorizado. No habia caminado mas que un corto trecho, cuando oye un cercano quejido: se dirige hacia él, i encuentra a un caballero tendido en el suelo con unas heridas mortales: intenta socorrerlo, lo suspende en los brazos, se baña de su sangre, pero inútilmente, porque el herido exhala su último suspiro. En este punto llega la ronda nocturna i le pregunta, ¿quien vive? se confunde Leonardo, i es cogido como

áutor de aquél asesinato. Protesta que no tiene parte en tan horroroso delito; empero los indicios son evidentes: su miserable estado, la bolsa de oro que se halla en la faltriquera del asesinado, i que parecia haberle traído a tal exeso, la hora tan oportuna para perpetrar el crimen, el cuchillo hallado a los pies del presunto reo, la viva sangre de que está teñido, todo en fin lo acusa, todo lo condena: lo amarran por consiguiente, i con el cuerpo del delito lo conducen a la cárcel pública. se da parte del suceso, i sin descubrir su verdadero nombre, se procede a la sumaria informacion.

LIV.

El dia siguiente se conduce al desconocido i presunto reo cargado de grillos al capitolio, en donde se reune el gran consejo precidido por Quinto Curcio para su juzgamiento. Se le quitan las cadenas i es introducido a la presencia del Presidente, quien airado por el alevoso homicidio perpetrado, asi le reconviene: Estranjero! ¿por que osaste cometer tal crimen en la misma Roma? Pensabas acaso que las rondas nocturnas no vijilasen sobre la vida de mis ciudadanos? Si eres necesitado ¿por-

qué no implorastes la jenerosidad de tantos piadosos romanos? ¿qué te ha inducido a tanta iniquidad? Ilustre Presidente, contestó el paciente; juro delante de Dios i a la faz del Universo, que soi inocente, que jamas mis manos se han manchado de sangre humana, i que no he tenido la menor intencion, no digo de cometer este horroroso atentado, ni el mas leve. Verdad es que al verme ayer, aqui mismo, despreciado por uno que consideraba debia ser el protector de mi infortunio, me habia abandonado a la mas ciega desesperacion, la que me trajo a la orilla del Tiber en que pensaba concluir mi vida; arrepentido sin embargo en tiempo, volvi atras, cuando un mortal i lastimoso quejido me llama hácia él, i lastimado de ver a uno de mis semejantes, tendido en medio de su propia sangre, procuro socorrerle, i espira entre mis brazos; pero juro una i mil veces que no he tenido parte en tan detestable asesinato: repito soi inocente. Prosigue el Presidente; ¿i el humigante cuchillo hallado a tus pies con que se perpetró el delito, no te acusa i condena? respondió el acusado; si es un indicio, no puede ser una prueba; pues jamas he empuñado tal fierro homicida. ¿No te habia

¿cogido la sed del oro que se halló en la bolsa del asesinado caballero? Presidente: apesar de estar cubierto de estos audrajos, apesar de que una grande pobreza puede estimular al crimen, os juro que todos los tesoros del Creso no podrian precipitarme en él. Se sorprende el Presidente, i por su franqueza i enerjia de hablar sospecha, i en seguida le pregunta: dime extranjero, ¿cual es tu patria?—mi patria... Atenas. Entonces el Presidente mas sorprendido revite entre si: ¿Atenas? gran Dios! será Leonardo? si, esa es su voz; ¿i cual es Ateniense tu nombre que ocultastes?— mi nombre? mis lábios jamas lo pronunciarán. En esto el Presidente se cubre los ojos con ambas manos, i entre si esclama: no hai mas duda, es Leonardo. Dios eterno! ¿que haré en tan terrible posicion?

Entretanto uno de los jueces toma la palabra i la dirige al Presidente en estos términos. No hai que vacilar: todos los indicios prueban hasta la evidencia, que ese mendigo es el autor del delito; cuando aquellos hablan, no hai que atender a su gratuita asercion ni a sus protestas de ser inocente, no hai justificacion. Presidente, pedimos se pase a la votacion... Sumamente ajitado el que preside contesta:

el asunto es de mucha gravedad i es preciso reemplazar el término justificativo.

El pueblo reunido en la barra se alborota i esclama: "es reo de muerte, que se vengue la sangre Romana, que se pase a la votacion;" los jueces se ponen de pié, i en esto entran unos soldados presididos por un oficial, quien lee la siguiente manifestacion "Ilustre Presidente; acabase de descubrir el verdadero asesino del ciudadano Doria, cuyo delito se atribuia a un extranjero por haber ocurrido a socorrerle: acompañase al expediente por el oficial de guardia, i pídese se declare inocente al imputado extranjero" Si, dijo el Presidente, si, inocente lo declaro, imposible es que Leonardo sea culpable. Reconoced en este extranjero uno de mis mas leales amigos. Caro Leonardo, ven a mis brazos, perdóname, no te habia conocido. Lejos de ofenderme tu miserable estado, tu infortunio, esto me alegra, porque me proporciona la dicha i la gloria de recompensarte en algo tus grandes servicios i tu leal amistad. Tu me cediste en Sofia la mitad de mi mismo, justo es que yo ahora te ceda la mitad de todos mis bienes, Reconocedlo romanos, es mi compañero de estudios i el mejor de todos mis amigos. Se estre-



charon, se besaron, i finalmente vestido Leonardo como convenia, montó con el Presidente en su coche paseándose por toda la ciudad; en seguida dispuso Quinto Curcio una gran fiesta en su palacio presidencial, que duró tres dias consecutivos i con universal contento.

LV.

He aqui, hijos míos, una historia que nos presenta muchas lecciones para el arreglo de nuestra conducta en la sociedad en que estamos constituidos a vivir. Por una parte nos amaestra, de que el valido cuando cae en la desgracia, se ve enteramente abandonado de todos, porque solo ha servido i hecho bien a unos ingratos derramando sus beneficios i sus gracias en hombres sin mérito ni virtud. Si, ciertamente solo en el corazón del hombre de bien puede encontrarse una sincera afección, una verdadera amistad i un leal reconocimiento: en vano sería buscar estas cualidades preciosas en las almas viles i groseras de esos sicofantas que acompañan de continuo a los aduladores, que siembran casi siempre en una tierra ingrata que no produce sino son espinas i abrojos. Por otra parte nos persuade, de que la grandeza de

alma hace al hombre superior a las injurias, a las afrentas i a los reveses del infortunio, que serían mortales a tantos corazones pusilánimes. Nunca el hombre virtuoso aparece mas grande a la vista del mundo entero, como cuando sufre con valor las desgracias. Entonces parece que mide sus fuerzas con las del destino i que lucha cuerpo a cuerpo con él, Nada es mas necesario en las vicisitudes continuas a que están sujetas las cosas humanas que el estar preparado a sufrirlas con firmeza. Por último, nos convence de que la verdadera amistad es el sustento de la vida; i a la verdad, de la misma manera que Leonardo dió vida a Quinto Curcio con cederle su fianzada doncella, cuyo conseguimiento lo salvó del sepulcro, así este se la dió con cederle la mitad de sus bienes, sin cuya recompensa i jenerosidad habría perecido en una tierra estraña en la que no contaba con el menor apoyo.

LVI

Y ULTIMO.

Mui amados hijos; esta segunda historia es la que pone fin a mi segundo librito; i

sin embargo mucho me queda que advertiros para que logreis libraros de los peligros e inconvenientes en que vivimos; mas esto formará la materia del tercer librito, que os ofrezco dirigir tan luego como me lo permita mi quebrantada salud i mis ocupaciones pastorales; para lograr el colmo de mis deseos: debeis figurar en la sociedad como buenos cristianos i sábios ciudadanos. Estad entendidos, queridos hijos, que à este único objeto se dirijen todos mis débiles esfuerzos, i que me tendré por mui dichoso si logrâre el fin que me propongo.

Vuestro leal amigo

Dr. Lorenzo Franza.

FIN.



ERRATAS

DEL

Primer Librito, i sus correcciones.

Página.	Linea	Dice.	Debe decir.
16	7	tramitaban	transitaban
20	16	hurtado;	hurto
28	4	o la guardia	a la guardia
34	29	hago	diga
36	8	al concluir	voi a concluir
38	20	al efecto	al aspecto
49	29	se escuantra	se encuentra
72	5	poner	penar
id.	17	de Victor	Victor
id.	id.	i su pronta vuelta	i a su pronta vuelta
78	28	faltas	causas

ERRATAS DEL SEGUNDO LIBRITO,

I SUS CORRECCIONES.

Página	Linea.	Dice.	Debe decir.
11	17	la fuente	la parte
9	2	soverania	tolerancia

LOGOTA